

JUAN CARLOS DÁVALOS, *Estampas lugareñas*.—Tucumán, Editorial La Raza, 1941. 248 pp.

"Cada capítulo encierra un pasaje de mi propia existencia", dice Dávalos en el prefacio de *Estampas lugareñas*, libro que acaba de publicar. Y declara a renglón seguido que lo que hace interesante a esos pasajes es su vinculación al paisaje, a las costumbres y la vida de su medio provinciano.

Es indudable que paisaje, vida y costumbres dan interés a la obra de Dávalos, pero también es justo decir que en el fondo de esa narración aparentemente biográfica hay un buen trozo de historia lugareña, en la que la familia del autor, de rancio abolengo y de amplia vinculación, cumple un papel preponderante, al extender las raíces de su árbol genealógico a todos los aspectos de la actividad provinciana, haciendo de su presencia y de su contribución a la acción colectiva, un factor necesario cuando no indispensable.

De este modo, si la vida del autor, traída desde sus comienzos, no tuviera para el lector el aliciente de una narración hija de la fantasía, existiría al menos la compensación de la pintura del ambiente, de los brochazos de color derrochados con justeza y tino en la descripción de panoramas y de tipos y las magistrales pinceladas con que Dávalos, escritor avezado y capaz, da forma y relieve a las escenas de costumbres y a todo aquello que constituye la característica regional del pueblo o típica de los individuos, cerca de los cuales vivió y actuó, para servirse luego de ellos como elementos lógicos de su vivida narración.

Pero es el caso que en *Estampas lugareñas* no sólo interesan los elementos relacionados con la vida del autor, y que le sirven de fondo, sino que su vida misma, llena de sugerencias, tal como es descrita, seduce y atrae. Es tan humana, tan sentida, tan profundamente emotiva esa sucesión de escenas, en las que todos creen hallar un punto de referencia para volver los ojos y la mente hacia el pasado, que muchas veces se hace abstracción de la realidad que encierra, para pensarse en una fábula en que el creador diestro hubiera logrado construir con una fantasía la apariencia de hechos tangibles.

Dávalos, cuyos libros, en prosa y verso, exceden de la quincena; que tiene un sólido prestigio como poeta y prosista y que ha extendido sus méritos hasta el género teatral, ha puesto en las páginas de *Estampas lugareñas* toda la riqueza de pensar y de sentir que afirma el valor de su obra lírica de primer poeta del norte. Pero, difícilmente y es lógico, dado el tema que trata y el ambiente familiar en que le desenvuelve, habrá más fervor íntimo y más emoción que en esos capítulos de las *Memorias de Joaquín Láinez*, en que desfila la infancia del autor, con sus sentidos recuerdos de los padres y la abuela, la casona antigua y tradicional, las calles de la ciudad nativa, la escuela, con sus incidencias, las travesuras in-

fantiles y el primer amor, con su sencillez ingenua y su profundidad sentimental que le ha hecho perdurar a través del tiempo.

Dávalos, que se siente satisfecho con ser "un escritor de tierra adentro", no obstante haberse impuesto en los mejores círculos intelectuales de Buenos Aires y del país entero, demuestra esa satisfacción, dando a su obra carácter regional. A él no lo seduce la vida inquieta, llena de luz y bullicio de la metrópolis; prefiere la calma y la paz provincianas. Y así lo declara en su prefacio:

"Las cosas que andando el tiempo emprendí después —dice—, comedias, sainetes, dramas, crónicas, narraciones, cuentos, poesías breves — no son sino reflejo de la tranquila y lenta vida provinciana. En el fondo, autobiografía, expresión de inquietudes personales. Cuando no se vive en un ambiente amplio, complejo y rico, se lo inventa, se crea uno su mundo interior, un mundo que linda con los sueños. Y los sueños son vida, 'porque la vida está hecha de la misma trama con que se tejen los sueños'."

Y para afirmar más aún su provincianismo, cierra su libro con un paralelo entre la metrópolis y la ciudad nativa. "Buenos Aires a ojo de mula" es una defensa de la vida serena y más lógicamente humana que la de la gran urbe alborotada y loca. Defensa en la que hay una acerba crítica que los hombres de tierra adentro saben comprender.

RICARDO CHIRRE DANOS

JULIO S. STORNI, *El Tucma indígena. San Miguel de Tucumán tierra de promisión.*—Tucumán, Editorial "La Raza", 1941. 366 pp.

Libro tucumano de singular valor histórico y filológico es *Tucma indígena*, de Julio S. Storni, recientemente aparecido. Todo es tucumano en él; el asunto que trata, la impresión y el espíritu que en sus páginas palpita.

El autor se remonta al Tucumán del pasado, al Tucma de los aborígenes. Es lo que estudia y expone con la claridad con que permite hacerlo la investigación paciente y minuciosa, el dominio de la narración, el imperio del idioma en que se escribe, la serenidad de los juicios que se emiten —sin que ello afecte a la valentía— o el entusiasmo por las causas que se sustentan. Todas estas condiciones reúne el libro de Storni. Vida y pasión animan todos sus capítulos y ellos reflejan las palpitaciones colectivas de la remota época del Tucma.

Vicente Fidel López, los Padres Las Casas y Lozano, entre otros historiadores de gran difusión y reconocida autoridad, son tan familiares al autor como conocidos le son también los archivos tucumanos. Valido de la luz que ellos arrojan sobre el pasado, ha construido Storni su *Tucma indígena*. Así van desfilando la nueva tierra de promisión que era